

Commemoración de Francisco Suárez

ENRIQUE B. PITA

Instituto Superior de Filosofía de Buenos Aires

En esta solemne Sesión Plenaria, que prestigian con su presencia los señores delegados extranjeros del pensamiento filosófico, me cabe la honra de conmemorar, como delegado argentino, la figura del eximio teólogo y filósofo Francisco Suárez, en el cuarto centenario de su nacimiento (1548 - 1948).

Nada más justo, señores, que conmemorar, en una asamblea *internacional* de pensadores y orientadores de la marcha de la humanidad, a Francisco Suárez, que con justo título es considerado como el verdadero fundador del ideal de la Sociedad de las Naciones, en su célebre tratado de *Las Leyes y Dios Legislador*, libro III, capítulo 19, donde el Doctor Granadino desarrolla su concepción transhistórica de la *comunidad internacional*: comunidad internacional que no suprime las naciones particulares como unidades soberanas en su esfera propia, sino que por el contrario, según el pensamiento suareciano, las postula y exige como elementos necesarios de otra unidad de alcance universal, que llega más allá de las fronteras patrias y nos abraza a todos los hombres en un amor común de hermanos y de peregrinos que marchamos hacia un mismo último fin: de idéntica manera como el amor del hogar no elimina, sino que cimenta el amor a la patria.

En estos breves momentos en que voy a ocupar vuestra atención sobre este preclaro filósofo, me concretaré a trazar ante vosotros un diseño de las *notas características* que, a mi entender, valoran la filosofía suareciana y dan al Doctor Eximio un sitio de privilegio entre los cultores de la filosofía cristiana y marcadores de nuevos rumbos idearios.

Introducción

En la patrística, cuyo principal representante es San Agustín de Tagaste, la filosofía y la teología cristianas se inspiraban sobre todo

en Platón, cuya doctrina filosófica hubo naturalmente de ser purificada e interpretada a la luz de los dogmas católicos. Pero a mediados del siglo XIII, el "filósofo" en las escuelas católicas es ya Aristóteles.

El cristianismo asiste entonces simultáneamente a una expansión vital como no la conoció antes, ni la ha conocido hasta nuestros días. Penetra profundamente en el individuo y en la sociedad, y aparecen ampliamente representadas la familia cristiana, la escuela cristiana, las corporaciones cristianas, el estado cristiano y, como condición y fruto interno de toda esta transformación, la filosofía cristiana o perenne.

Esta síntesis filosófica cristiana, que reduce a unidad todo lo que cae en la esfera del ser, se realizará a base de materiales preferentemente aristotélicos. Los arquitectos de esta hora de maduración de una filosofía que históricamente ya ha nacido y recorrido tímidamente su período de adolescencia y juventud, serán Alejandro de Halés, Alberto Magno, Buenaventura, Tomás de Aquino, Escoto.

A todos ellos es deudora la filosofía perenne, y a muchos otros que se sucederán en el correr de los tiempos: Cayetano, Vitoria, Suárez, Lugo, Belarmino, Lessio, Juan de Santo Tomás, Kleutgen, Regnon.

Hay uno, empero, que ha merecido un sitio de honor en esta tarea, por su intuición de las leyes supremas del ser; desde cuyas alturas inconmensurables, que no dificultan la visión, sino que la tornan aún más clara y transparente, realizó en un empeño providencial la síntesis substancialmente definitiva: Santo Tomás de Aquino.

Pero, aunque es verdad que para asimilar en una síntesis cristiana la vasta congerie de principios aristotélicos, fué menester el esfuerzo genial de un proceso históricamente providencial, para no hacer un mosaico de elementos desconectados entre sí o naturalmente repulsivos, no es menos cierto que todo ello suponía la natural bondad de los principios supremos aristotélicos.

Esos primeros enunciados, que son el punto de arranque de toda la metafísica, tenían que ser incontaminados: a pesar de sus desviaciones accidentales, turbiamente erróneas, la fuente tenía que ser pura. No sería posible realizar una obra semejante de asimilación cristiana, partiendo de los principios averroístas, kantianos o bergsonianos: aquí el entendimiento cristiano se ahoga en las primeras brazadas.

en Platón, cuya doctrina filosófica hubo naturalmente de ser purificada e interpretada a la luz de los dogmas católicos. Pero a mediados del siglo XIII, el "filósofo" en las escuelas católicas es ya Aristóteles.

El cristianismo asiste entonces simultáneamente a una expansión vital como no la conoció antes, ni la ha conocido hasta nuestros días. Penetra profundamente en el individuo y en la sociedad, y aparecen ampliamente representadas la familia cristiana, la escuela cristiana, las corporaciones cristianas, el estado cristiano y, como condición y fruto interno de toda esta transformación, la filosofía cristiana o perenne.

Esta síntesis filosófica cristiana, que reduce a unidad todo lo que cae en la esfera del ser, se realizará a base de materiales preferentemente aristotélicos. Los arquitectos de esta hora de maduración de una filosofía que históricamente ya ha nacido y recorrido tímidamente su período de adolescencia y juventud, serán Alejandro de Halés, Alberto Magno, Buenaventura, Tomás de Aquino, Escoto.

A todos ellos es deudora la filosofía perenne, y a muchos otros que se sucederán en el correr de los tiempos: Cayetano, Vitoria, Suárez, Lugo, Belarmino, Lessio, Juan de Santo Tomás, Kleutgen, Regnon.

Hay uno, empero, que ha merecido un sitio de honor en esta tarea, por su intuición de las leyes supremas del ser; desde cuyas alturas inconmensurables, que no dificultan la visión, sino que la tornan aún más clara y transparente, realizó en un empeño providencial la síntesis substancialmente definitiva: Santo Tomás de Aquino.

Pero, aunque es verdad que para asimilar en una síntesis cristiana la vasta congerie de principios aristotélicos, fué menester el esfuerzo genial de un proceso históricamente providencial, para no hacer un mosaico de elementos desconectados entre sí o naturalmente repulsivos, no es menos cierto que todo ello suponía la natural bondad de los principios supremos aristotélicos.

Esos primeros enunciados, que son el punto de arranque de toda la metafísica, tenían que ser incontaminados: a pesar de sus desviaciones accidentales, turbiamente erróneas, la fuente tenía que ser pura. No sería posible realizar una obra semejante de asimilación cristiana, partiendo de los principios averroístas, kantianos o bergsonianos: aquí el entendimiento cristiano se ahoga en las primeras brazadas.

Estos supremos principios aristotélicos se pueden reducir a los siguientes, con sus ulteriores derivaciones:

1. *La objetividad del ser*: contra el relativismo de Protágoras, el escepticismo de Gorgias; las filosofías kantiana, hegeliana, sentimentalista, que han perdido la fe en la inteligencia; y los esquemas de temporalidad del existencialismo, en los que está ausente la esencia del ser.

2. *El descubrimiento del acto y la potencia*: como explicación de la aparente antinomia de la unidad y diversidad del ser en su devenir: contra el puro actualismo de Heráclito y el estatismo absorbente de Parménides.

3. *La posibilidad, por vía de analogía, de ascender al conocimiento de Dios*: contra el materialismo de Demócrito, el empirismo de Locke y Hume por una parte; y por la otra, contra el intuicionismo de Platón, Malebranche, Max Scheler y Bergson.

4. *La trascendencia de Dios*: contra el panteísmo de Parménides, Espinoza, Hegel y de cuantos han caído en la tentación de la inmanencia divina. Estos principios, que incorporará a su síntesis la filosofía de Santo Tomás, señalan la cumbre adonde llegó la filosofía pagana.

La cosmovisión aristotélica, empero, está viciada por el dualismo de una suprema causa eficiente y final del cosmos, causa trascendente: Dios; y una última causa material, inmanente al mundo: la materia eterna e increada.

Santo Tomás va a incorporar a la filosofía aristotélica la metafísica de la creación.

Esta precisión filosófica es de gravísima ponderación, porque posibilitará una nueva concepción de las relaciones entre Dios y el mundo. El acto creativo de Dios va a permitir, en efecto, al Doctor Común el desarrollo de una teodicea o ciencia de Dios con caracteres específicos, que son como el exponente que afecta intrínsecamente toda su filosofía; por el que la filosofía aristotélica queda esencialmente superada, para dar paso a la filosofía cristiana.

En esta forma el Doctor de Aquino, usando las mismas palabras y expresando los mismos pensamientos que Aristóteles, llena sus contenidos conceptuales de un *sentido nuevo de filosofía cristiana*, no alcanzado por el filósofo griego.

Suárez

En Suárez nos encontramos con un aporte a la filosofía perenne que reviste tanta trascendencia como el de Santo Tomás.

No fué Santo Tomás (lo acabamos de indicar) quien creó de la nada histórica la síntesis tomista; sino que fué sólo quien supo aunar y dar cohesión al esfuerzo de muchos; de idéntica manera el aporte suareciano es fruto también de la fatiga de muchos; pero Suárez es quien le dió categoría de línea directriz.

Un espíritu

Más que una doctrina determinada Suárez traerá a la filosofía perenne un *espíritu*.

Poco o nada importa saber lo que Suárez defiende en esta o aquella cuestión de sus famosas *Disputationes Metaphysicae*: la caracterización que él va a dar a la filosofía de Santo Tomás hay que buscarla en algo más fundamental y vital.

Levantada ya la catedral de la filosofía perenne en el siglo XIII, su plástica belleza encerraba principios arquitectónicos esenciales que se expresaban fundidos con caprichosos motivos ornamentales, que eran hijos marcadamente de la región y de la época. El descubrimiento suareciano estuvo en haber intuído el Doctor Eximio cómo la sabiduría tomista radicaba, más que en justas dialécticas de cuestiones periféricas e intrascendentes, en la visión de la *esencia del tomismo*, a través del *mare magnum* de la fusión de los principios fundamentales con sus accidentales derivaciones; y dar así a las esencias tomistas su categoría de inmutabilidad y eternidad; y a los accidentales, su modalidad de relatividad y posible caducidad.

Influjo suareciano

Esto sitúa a Suárez en un lugar de privilegio en la evolución ulterior de la filosofía cristiana: se trata nada menos que de la capacidad de *vitalizar* definitivamente una filosofía.

Así se explica por qué, según el testimonio de insignes historiadores, el *influjo* del florecimiento escolástico del tiempo de Suárez sea de tanta trascendencia como el del siglo XIII.

Por eso el Doctor Eximio y Pío, cuando sus contemporáneos le reprochaban como si en su cátedra innovase la filosofía tomista, por toda respuesta confesaba ingenuamente la renovación; pero insistía en que había que buscarla, no en su doctrina, que era la tradicional de la Escuela, sino en un nuevo *enfoque* del pensar filosófico; y con sencillez evangélica declaraba que a esta nueva *postura* de su filosofía se debía el éxito de su enseñanza.

Libertad intelectual

Este espíritu suareciano se revela en múltiples detalles, que podrían parecer insignificantes y oscuros, pero que, como los dibujos de un ventanal gótico, adquieren toda su lúcida belleza, cuando los embiste el sol del espíritu suareciano.

De aquí se deriva esa espléndida *libertad* de abiertos horizontes intelectuales con que Suárez desarrolla los temas filosóficos, respecto a todo lo que es accidental en la síntesis tomista. La filosofía perenne adquiere en esta forma una modalidad nueva: se puede ser tomista y suareciano, sin defender las sentencias de Santo Tomás ni las de Suárez en las cuestiones que no tocan la esencia del sistema. Para usar una fórmula de la Escuela, el que se apartare de Santo Tomás y Suárez, en el terreno de lo accidental, sería antitomista y antisuareciano *materialiter*, pero no *formaliter*: en la materialidad de lo que sustenta, pero no en el *espíritu* que vitaliza sus opiniones.

Diversidad individual

Se podrá objetar que las verdades de un sistema están todas unidas como las piedras de una catedral gótica; y que no se puede tocar a una sola de ellas sin comprometer la estabilidad del conjunto. A esto se responde, siguiendo la analogía propuesta, que nadie puede pretender que se atente contra la estabilidad de las catedrales góticas, si, conservando todas la unidad rigurosa del estilo, no son simples calcos unas de otras; sino que dentro de cierta inmutabilidad esencial, dejan todas ancho campo a la *inspiración individual del artista*.

Cuando dos sistemas se apartan en sus mismos intrínsecos principios, como por ejemplo, el tomista y el panteísta, forman en verdad dos filosofías; pero, en cambio, cuando dos sistemas, en virtud de los

mismos principios fundamentales, sacan conclusiones diferentes en sus aplicaciones y prolongaciones, no constituyen sino dos corrientes distintas de una misma filosofía. Si Santo Tomás, por ejemplo, se equivocó en su sentencia sobre la Inmaculada Concepción, no erró en virtud de los principios que aplicaba, sino en razón de la misma aplicación. El principio era que “nadie podía estar libre del pecado original sino por los méritos del Redentor”; pero de allí a la aplicación al caso particular de la Virgen, que debía, según Santo Tomás, haber sido concebida en pecado original, para que fuese redimida por Cristo, cabía la discusión; y de hecho la hubo, hasta que nítidamente se dilucidó que podía existir una redención por la que, en atención a los méritos de Cristo, fuese perfectamente librada la Virgen aún de la misma contracción de la culpa original. Si Suárez, siguiendo en esto la doctrina franciscana, se apartaba de Santo Tomás en su sentencia sobre la Inmaculada Concepción, no disentía del Doctor Angélico en los principios teológicos y filosóficos, sino sólo en su aplicación al caso particular.

Unidad esencial

Es verdad que hay ciertos temas que podrán prestarse a discusiones, sobre si son o no esenciales al sistema; pongo, por ejemplo, la célebre controversia de la distinción real de la esencia y la existencia en los seres creados. Pero téngase en cuenta que el *espíritu suareciano* se revela precisamente en no hacer dependientes del sistema común las opiniones discutidas; sino viceversa, en hacer depender las sentencias en controversia, de su posible armonía con la esencia del conjunto. De suerte que quien no pueda armonizar la identificación real de la esencia y la existencia en los seres creados con el sistema tomista, tal cual lo hemos expuesto, con un material aristotélico determinado, afectado por la metafísica de la creación, tendrá que defender, *siguiendo el espíritu suareciano*, la distinción real de la esencia y la existencia en los seres creados.

El respeto a las opiniones contrarias

Así se explica también cómo Suárez en multitud de cuestiones, en las que no se percibe con evidencia su conexión con los principios esenciales del sistema tomista, se exprese con *tanta mesura y respeto*

acerca de las distintas opiniones que se debaten; en tal forma, que en no pocos casos se le hayan atribuido sentencias que él de ninguna manera propugna; pero que por otra parte presenta, con inusitada modestia y visión de las normas objetivas del pensar, como no carentes de su *relativa probabilidad*.

Esto permitió a Suárez expresarse de la siguiente manera: "Puedo afirmar ante todas cosas y así lo afirmaré siempre, que mi único intento, que he procurado realizar sin retroceder ante trabajo o esfuerzo alguno, fué conocer y hacer conocer la verdad y ella sola. *Hasta ahora no ha sugerido el espíritu de partido ninguna de mis opiniones, ni las sugiere hoy día: pues en ellas no he buscado sino la verdad*, y deseo que cuantos lean mis obras no busquen en ellas otra cosa. Con eso, cristianos lectores, no os turbaréis cuando veáis autores igualmente piadosos y caballeros, que siguen opiniones diversas y aun opuestas. Hemos oído y comprobado que aún los grandes santos, en cosas que no estaban fijadas por la fe, sustentaron pareceres diversos. Pero todos nosotros no pretendemos sino investigar y alcanzar la verdad, y si entre nosotros hay diversidad y oposición de doctrinas, la unidad de fin común ha de hacer que no padezca por ello la caridad cristiana ni queden divididos los corazones". (*De Verbo Incarnato*, Lyon, Cardon, MDCXIV: *Ad eundem lectorem de hac posteriore editione admonitio*. Ed. Vives, VII, 7).

Las partículas de la verdad

A esta misma raíz suareciana obedece el sentido que adquiere en el Doctor Eximio *la repercusión histórica* del pensar filosófico de la humanidad. En Suárez se escucha no sólo toda la Escuela, como se ha dicho, sino toda la humanidad que filosofa.

¡Con qué probidad, sinceridad, y prolijidad científicas trata el filósofo granadino de ubicar la mente de cada uno de los pensadores que le precedieron en la investigación del tema que desarrolla!: ninguno le es indiferente: todos traen, aun los extraños a su sistema, en la amalgama de sus errores, alguna *partícula de verdad*, que el Doctor Eximio discierne con respeto, y con religiosa humildad propone incorporar al sistema tomista. El sabe perfectamente y es la norma de su pensar, que el error absoluto no existe; y que la falsedad sobrevive gracias a su participación de la verdad.

Evolución perfectible

Esta modalidad suareciana permite a la filosofía tomista una *evolución perfectible*, que le da un marcado sentido de filosofía vital y humana, en oposición a un sistema artificial y nominalista.

Se propondrán *correcciones accidentales* a las líneas del sistema: Suárez abunda en opiniones personales sobre determinaciones acerca de la esencia y la existencia, unidad del ser, materia y forma, substancia y accidente, la persona humana, la eficiencia, instrumentalidad, finalidad, ejemplaridad, etc.

Se proyectarán *nuevas prolongaciones* de los principios esenciales tomistas: como se puede apreciar en todo lo relativo al derecho de gentes; en el trato de la metafísica con la autonomía que le corresponde por derecho propio; en la lectura de las esencias a través de la concreción de las existencias, donde la concreción de las existencias da la objetividad a las esencias, y las esencias dan a su vez la universalidad y necesidad, implicada en todo juicio, a las existencias; en la investigación crítica respecto a cuestiones positivas, cuya dilucidación está exclusivamente en manos de la heurística y hermenéutica históricas, etc.

Se realizarán *nuevas aplicaciones* a la contingencia y variabilidad de las circunstancias en las que se mueve el filósofo: el tomista evitará así las discusiones puramente conceptuales y elegirá para sus reflexiones metafísicas los problemas afectados por inquietudes humanas.

Para Suárez la filosofía está en perpetuo movimiento.

Conclusión

Sea, pues, ésta nuestra conclusión final: en la construcción de la catedral de la filosofía cristiana *Aristóteles* ha aportado el *material*; *Santo Tomás* le ha dado el sentido de filosofía *cristiana* por su eje central de la metafísica de la creación; y *Suárez* ha traído el *espíritu del dinamismo vital*, por el que el tomismo perennemente se incrementa y renueva.